

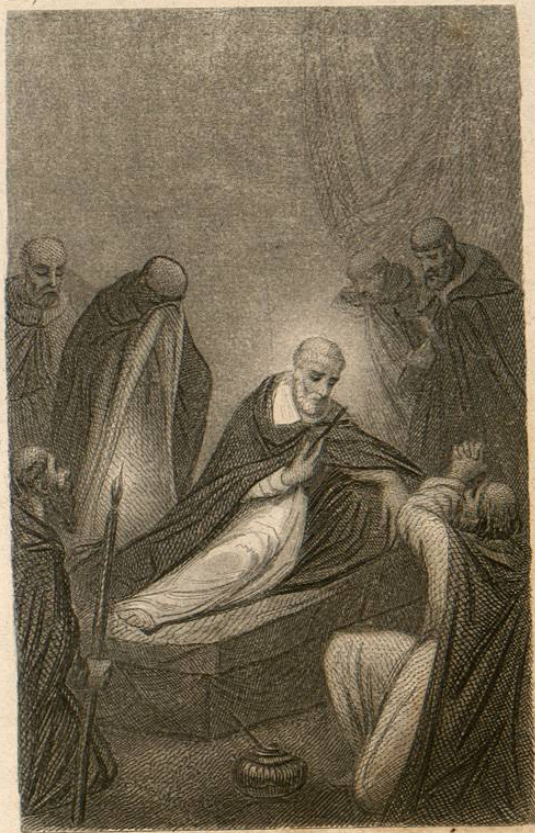
2. La Iglesia te ofrece mil medios; no hay que despreciar ninguno, porque todos pueden conducir para tu salvacion. Asiste siempre á sus sagradas ceremonias con aquel espíritu de religion, que inspira devocion y respeto. Jamás las hagas por bien parecer, ó por mera costumbre. Aprecia mucho los mas mínimos actos de religion y de piedad que usa la Iglesia. Se desaprueban ciertas devociones, se critican ciertos piadosos ejercicios, se trata de simplicidad y de supersticion todo lo que ata un poco al amor propio. Imponte una ley de respetar todo lo que se estila en la Iglesia, ceremonias, estaciones, procesiones, usos piadosos, ejercicios santos. Desde que se comenzó á sutilizar tanto y á criticarlo todo, se nota que la religion se ha debilitado en la mayor parte de los fieles, y que en muchos se ha apagado enteramente la fe. Imita á los santos, pues nada vas á arriesgar en conformarte con sus ejemplos.

EL BEATO MIGUEL DE LOS SANTOS.

En los tiempos mas borrascosos que ha padecido la Iglesia, se ha manifestado mas claramente la verdad de aquella promesa, en que aseguró Jesucristo que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. De estos tiempos ha sido el siglo décimosexto: siglo en que compitieron mutuamente los perversos heresiarcas, abortos del abismo, empeñados en rasgar la túnica inconsútil de la unidad de la Iglesia; y los obedientes y verdaderos hijos de esta santísima Madre, quienes unas veces con su doctrina y otras con sus virtudes, dieron testimonio de la verdad y santidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Uno de estos santos varones fué el beato Miguel de

T. 7.

P. no.



S. MIGUEL
DE LOS SANTOS.

los Santos, llamado por excelencia el *extático*, varon de una contemplacion altísima, de una penitencia austera, de una ardiente caridad, y señalado con aquellos dones felices con que distingue Dios á sus grandes siervos. Nació este santo en la ciudad de Vich, en el principado de Cataluña, el dia veinte y nueve de setiembre del año de nuestra redencion de 1591. Fueron sus padres Miguel Enrique Argemir, y Monserrada Margarita Mitjana, de una limpieza y honradez conocida por lo tocante á su linaje, y de una gran piedad por lo respectivo á sus costumbres. Su padre ejercia el oficio de escribano; y sin embargo de los peligros á que están expuestas la integridad é inocencia de costumbres en el enredoso ejercicio de esta profesion, la desempeñaba de tal manera que jamás causó perjuicio á su conciencia, ni le sirvió de impedimento para frecuentar las iglesias, y en ellas las obras de piedad y de devocion. La madre era en todo igual á la probidad de su marido. Una simplicidad amable, una caridad bienhechora, una índole dulcísima, una honestidad angélica hacian el carácter de la venturosa madre de nuestro santo. Con prendas tan agradables al cielo, obtuvo de él este venturoso matrimonio fruto de bendicion, premiando Dios sus santas obras con una larga descendencia, y principalmente con las heróicas virtudes del beato Miguel de los Santos. Este fué el séptimo de ocho hijos que tuvieron; y aunque todos ellos copiaron en si los virtuosos ejemplos que advertian en sus padres, se puede decir con verdad que en esta preciosa cualidad fué Miguel el primero. Desde su infancia le previno Dios con bendiciones tan copiosas, que aun en las acciones mas minimas se manifestaba bien que le habia elegido especialmente para si. Complaciase el santo niño en todos los ejercicios de devocion: hacian una impresion admirable en su tierno pecho los sa-

grados misterios; pero entre todos ellos llevaba la preferencia la pasion sacrosanta de Jesucristo. Contemplábala con tanta ternura, que bañaba de lágrimas sus ojos, y su corazon estaba abrasado por los incendios de la caridad.

Esta contemplacion fervorosa causó en él tan admirables efectos, que en aquella tierna edad concibió un proyecto que se podria calificar de heróico aun en los hombres maduros y ejercitados en la virtud. Apetecia con ansia asemejarse á su Señor en los trabajos que habia padecido, y hubiera querido, si hubiese sido posible, dar su vida en una cruz por aquel que tan generosamente la habia dado por la redencion del mundo. Para satisfacer en parte esta ardiente caridad, determinó dejar la casa de sus padres, y vivir en una soledad en lágrimas y penitencia á imitacion del Bautista. Comunicó su proyecto á otros dos niños, con tales razones, que los persuadió fácilmente que no era dificil la ejecucion. La gracia de Dios es en todo admirable, y no manifiesta menos su poder en la conversion de los grandes pecadores, que en los pasos agigantados con que adelanta la virtud en la mas pura inocencia. Salieron, pues, los tres niños de la ciudad, guiados del Espiritu Santo, á buscar en un desierto un asilo contra los lazos del mundo, y contra las contaminaciones de la carne y del demonio. Las santas exhortaciones que Miguel hacia á sus dos compañeros, aunque capaces de sostener su extraña resolucion, no fueron suficientes para impedir que acobardase á uno de ellos, por una parte el justo sentimiento que tendrian sus padres por su ausencia, y por otra el castigo que, cuando le hallasen, le amenazaba. Volvióse este á la ciudad, y Miguel con el otro niño siguió hasta un monte áspero y fragoso, que dista dos leguas de ella, llamado Monseñ. Luego que llegaron al monte dieron gracias á Dios los dos inocentes ana-

coretas, y comenzaron á buscar en él una mansion acomodada á sus designios. Presentóseles á la vista una cueva, que despreciaron por estar infestada de sabandijas, y principalmente porque no hallaron en ella la señal de la cruz para su consuelo. Internáronse en el monte, y entre su espesura hallaron dos grutas, que antiguamente habian servido á los santos ermitaños que en aquel sitio habian hecho vida solitaria; y conceptuaron que por su inmediacion y todas sus circunstancias eran proporcionadas para la ejecucion de sus deseos. Cada uno eligió la suya para sí, y en ellas comenzaron á practicar los ejercicios fervorosos que les dictaba su corazon. Contentísimo se hallaba Miguel viendo cuán bien le habia salido su proyecto, y hubiera permanecido gustoso allí toda su vida, á no habérselo impedido las exquisitas diligencias que hicieron sus padres para hallarle y volverle á su casa. En efecto, luego que el padre de Miguel advirtió la falta de su hijo, conociendo que en él perdia un tesoro, tomó voces y corrió por todas partes en busca del niño Miguel. El que se habia retirado le dió los indicios necesarios para que pudiese hallarle en el monte. Pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando, internándose en la espesura, le vió dentro de una gruta puesto de rodillas, delante de una cruz, encendido el rostro y bañados los ojos en lágrimas! Quedó suspenso el padre á la vista de tan tierno espectáculo; pero vuelto en sí, preguntó á Miguel ¿porqué lloraba? lloro por la pasion de mi señor Jesucristo, respondió el santo niño: respuesta que dejó al padre atónito y edificado. ¿Y quién os ha de sustentar en este desierto? replicó el padre. A esta pregunta satisfizo Miguel con una respuesta, que manifiesta claramente las hondas raíces que habian echado en su alma las máximas del Evangelio, y el altísimo concepto que habia formado de la bondad de Dios y de su divina Providencia. Así como

Dios, respondió Miguel, sustenta á otros santos, de la misma manera me sustentará á mí tambien. Conoció su padre el espíritu fervoroso que abrigaba su tierno pecho; y como la piedad dirigia sus operaciones, admiró el proyecto de su hijo, y dió gracias á Dios por los tempranos frutos que en él lograba su divina gracia. Pero sin embargo, no considerando prudente el dejarle en aquel desierto, expuesto á ser presa de las fieras, ó á que las inclemencias del tiempo acabasen su vida, le mandó que se volviese con él á casa. Obedeció el niño, dejando en la soledad su corazon, pero con el firme propósito de formar dentro de su alma un retirado desierto adonde no pudiesen llegar las contaminaciones del mundo.

Esta accion, aunque no llegó á tener todo el efecto que Miguel se habia propuesto, fué tan del agrado de Dios, que en premio de ella derramó en su alma tan abundante copia de gracias, que se adelantaron é ilustraron milagrosamente sus potencias y sentidos. Su entendimiento desechó las tinieblas de la ignorancia, propia de aquella edad, y conoció perfectamente cuán amable es Dios, y cuán dignos son de desprecio los bienes de la tierra. Su voluntad se inflamó de manera en el amor divino, que, penetrado de él, nada queria sino á Dios, por nada suspiraba sino por Dios, y este carácter, que se grabó en su alma en la tierna edad de siete años, fué el sello con que estuvieron marcadas todas las acciones de su vida. Así lo testifica el decreto apostólico con que fueron aprobados sus milagros. El amor no puede estar ocioso, y se halla en un estado violento mientras no se emplea en obsequio de su amado. Por esta causa Miguel procuraba dar desahogo á su caridad, haciendo por Dios obras penales con que afligia su inocente cuerpo. Mortificábale con cilicios y otras invenciones que le dictaba su fervor; pero en lo que mas sobresalia era en unos

ayunos y abstinencia tan continuados, que llegó á rezelar su padre algun grave perjuicio en su salud, por cuya causa procuraba impedir tanta austeridad. Pero la virtud, que es ingeniosa, sugirió á Miguel un medio de satisfacer los fervores de su espíritu, sin contravenir á los mandamientos de su padre, á quien amaba, veneraba y obedecía con esmero. Convinose con la criada en que le diese privadamente su almuerzo y su merienda, para poder decir con verdad á su padre que habia dado á Miguel este sustento. Pero apenas le recibia el santo niño, cuando al momento le trasladaba á las manos de algun pobre necesitado, haciendo ingeniosamente sacrificio á la caridad con los ahorros de la abstinencia, y ejercitando á un mismo tiempo estas dos virtudes. Los recreos y juegos que suelen tener los niños, ó los miraba con aversion, ó procuraba sacar de ellos algun fruto para la santificacion de su alma. Así sucedió que, habiéndole enviado su padre con la criada en compañía de otros niños á recrearse en una viña, mientras sus compañeros se empleaban en comer uvas, Miguel se apartó de ellos, y puso en ejecucion uno de aquellos grandes pensamientos que no ocurrió al penitente san Francisco, ni á ningun otro santo, sino despues de haber hecho grandes progresos en la vida espiritual. Fuése á un lugar apartado en donde habia muchas zarzas y cambroneras, y desnudándose de sus vestidos, fija su consideracion en la pasion de Jesucristo, se arrojó desnudo entre las espinas, ofreciendo aquel tormento al que tantos habia padecido por su amor. Pero Dios, agradecido al sublime sacrificio que le ofrecia aquel cordero inocente, que en toda su vida no perdió la gracia bautismal, hizo que, así como las llamas no tuvieron fuerza para quemar á los niños de Babilonia, tampoco la tuviesen las espinas para lacerar el virginal cuerpo de Miguel, ni sacar su inocente

sangre. Echóle de menos la criada, buseóle, y hallándole entre las cambroneras, y preguntándole admirada porqué hacia aquello, respondió el Santo lleno de sencillez y de alegría: lo he hecho por amor de nuestro Señor, y por imitar al padre san Francisco.

El ejercicio de las virtudes no le privaba de un exacto cumplimiento de la obligacion de estudiar que le impuso su padre; antes bien se ayudaban mutuamente, y al tiempo que asistia á la escuela, encontraba ocasiones de practicar la caridad de un modo muy provechoso para sus prójimos. Habia hecho de un aposento retirado de su casa un oratorio, en donde se empleaba en la oracion y en la penitencia todo el tiempo que le sobraba despues del estudio de sus lecciones. A este lugar conducia á aquellos estudiantes que él veia que eran traviosos y distraidos. Allí les hacia fervorosas pláticas, exhortándolos al amor de la virtud, al aborrecimiento del pecado y á un amor tierno de la Madre de Dios, de quien el santo era sumamente devoto. Hacía los despues estar un rato en oracion, y finalizaba aquel ejercicio con la mortificacion de una disciplina, para cuyo efecto tenia dispuestos varios cordeles con sus nudos. Estas obras producian un efecto tan maravilloso, que todos sus condiscipulos se veian precisados á ser honestos en su presencia, á frecuentar por su consejo los santos sacramentos, y á ser exactamente obedientes á las insinuaciones de sus padres. Fruto tan visible produjo la voz comun en el pueblo, de que Miguel era una flor de santidad, cuya sola vista componia los ánimos y excitaba á la perfeccion de costumbres. A proporcion que iba creciendo en edad, iba tambien medrando en la virtud, y para asegurarse en la práctica de esta por toda su vida, determinó hacerse religioso. La ternura de su edad, que no pasaba de ocho años, frustraron las diligencias con que pro-

curó conseguirlo. Esta repulsa renovó en él el antiguo pensamiento de hacer vida eremitica. Ejercitose para ello dentro de su misma casa, comiendo solamente yerbas silvestres; y cuando se hubo certificado por algunos dias que bastaba aquel alimento para sustentar la vida, comunicó su resolucion á unos compañeros suyos, quienes la aprobaron unánimemente. Llegó el dia de ponerse en camino para el desierto, y Miguel, que era ingenioso en cuanto pertenecia á la vida espiritual, los exhortó á hacer voto de perpetua virginidad, lo que ejecutaron en la iglesia de Santa Clara, recibiendo Dios aquel temprano sacrificio, y echando sobre él su bendicion. En el camino encontraron despues tres venerables varones, que, habiendo sabido de ellos su intento, los disuadieron de él, haciéndolos volver á su casa, y enseñando al niño Miguel que, si queria hacer penitencia, podria lograrlo fácilmente durmiendo en unos sarmientos en lugar de cama, y poniendo una piedra por cabecera. Aceptó Miguel el consejo, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: volvámonos á casa, que no es voluntad de Dios que vivamos en el desierto.

A la vuelta encontró á su padre sumamente airado, cuyo enojo se desahogó con el castigo de Miguel, quien sufrió esta mortificacion con suma resignacion y paciencia. Entre tanto se ejercitaba en su casa en todos aquellos ejercicios de oracion y de penitencia, que pudiera practicar en el desierto. Pero á los once años sufrió el bendito niño el golpe terrible de verse privado de su padre, á quien llamó Dios para sí á darle el premio de sus virtudes. Sufrió este golpe con resignacion cristiana, abrazando en él los muchos trabajos á que le dejaba expuesto su orfandad. Como habia hecho voto de virginidad perpetua, deseaba los medios de cumplir á Dios esta promesa. El mas eficaz le pareció que era el entrar

en religion; pero, aunque lo solicitó varias veces, se frustraron sus deseos, ya por la ternura de su edad, ya por las preocupaciones de su tutor. Este, queriendo destinar á Miguel á un ejercicio que reuniese las cualidades de honesto y lucroso, le colocó en casa de un mercader. Pero su espíritu era poco apto para el tráfico y bullicio que debe intervenir en las compras y ventas, y podía sufrir mucho menos los multiplicados peligros que se ofrecían á su conciencia. Ansioso, pues, de lograr la tranquilidad de esta, y pareciéndole que la hallaría en Barcelona por la multiplicidad que allí había de monasterios, se fué á aquella ciudad. Solicitó en varias partes que le diesen el hábito; pero sin fruto. Su tutor le siguió los pasos, y deseoso de darle algun establecimiento con que cortar aquella devocion, que á él le parecia imprudencia pueril, quiso que aprendiese el oficio de pasamanero. Todas las diligencias humanas son inútiles para deshacer los designios de la Providencia. Esta había elegido en sus eternos consejos al bienaventurado Miguel para hacerle espejo de perfeccion en el estado religioso, y así venció todos los artificios humanos que se oponian á sus acertadas miras. El fervoroso niño, que, elegido de Dios desde sus primeros años, suspiraba incesantemente por verse colocado en los atrios de su casa, se reforzaba en sus santos intentos á proporcion que crecian los obstáculos. Las mismas dificultades no le servian de otra cosa que de poderoso incentivo para confirmarse en su resolucion y buscar nuevas maneras de ejecutarla. Significó sus deseos al ministro del convento de Trinitarios calzados de la ciudad de Barcelona. Este piadoso varon, juntamente con los demás padres, examinaron con madurez la vocacion de Miguel, y admirados de ver en tan pocos años frutos tan adelantados de perfeccion, conceptuaron que en aquel niño les ofrecia Dios un tesoro de virtudes

con que enriquecer su religion, y así le dieron el hábito sin reparar en la ternura de su edad.

No les salió errado su juicio; pues apenas se vió Miguel contado entre los individuos de aquella celestial milicia, cuando rebotando de gozo comenzó á manifestar su gratitud al cielo con fervor tan encendido, que arrebatava la admiracion de todos. Los mas adelantados en la perfeccion religiosa tenian que aprender de Miguel una profunda humildad, una devocion ardentísima, una ciega obediencia y un conjunto de virtudes que los obligaba á mirarle como maestro de la vida monástica. Los demás novicios le miraban como un ejemplar perfecto de todas las virtudes, con que se confirmaban en su propósito, y concebían nuevos deseos de adelantar mas y mas sus pasos para perfeccionarlos. El que tan mortificado había vivido desde su infancia en la casa de sus padres, es natural que procurase adelantar algo las asperezas viéndose religioso. Así se verificó; pues no contento con los multiplicados ejercicios de penalidad que prescribe la religion, añadía otros varios para saciar aquella hambre que tenia de padecer por Jesucristo. Multiplicaba los ayunos, pareciéndole pocos los que prescribe el instituto; hacíalos con solo pan y agua, y alcanzó licencia de los superiores para poder repartir entre los pobres la comida de que se privaba con su prodigiosa abstinencia. Traía continuamente sobre el pecho una cruz con puntas de hierro, que le servía de cilicio. Y habiéndole encontrado un día un religioso amigo suyo en un lugar retirado haciendo otra cruz con puntas mas penetrantes, le significó que instrumento tan riguroso podría ser perjudicial á su salud. Oyólo el santo con mucha serenidad, y descubriendo el pecho en que el religioso advirtió una cruz clavada, le dijo con admirable sencillez: Mirad, padre, que poco mal me hace

esta cruz con haber años que la llevo, y por haberseme quebrado estoy haciendo de nuevo esta otra. El asombro y la edificacion fueron los efectos que produjo en aquel religioso un caso semejante. Así caminaba Miguel hácia la cumbre de la santidad en el tiempo del noviciado; y así se inflamaban los ánimos de los religiosos en su amor, deseando ya asegurar con la profesion un jóven, de quien vaticinaban con tan felices principios que habia de ser un prodigio de santidad. Acercándose ya la edad necesaria para hacer los tres votos que constituyen esencialmente el estado religioso, le trasladaron sus superiores al convento de San Lamberto de Zaragoza, en donde profesó á 30 de setiembre de 1607. Luego que Miguel se vió perfectamente consagrado á Dios por medio de la profesion, le dió infinitas gracias por haber admitido con tanta misericordia el sacrificio que le habia hecho de su persona y de todas sus esperanzas. Los religiosos por su parte no le dieron menos, viéndose ya en posesion de un jóven tan fervoroso, que les aseguraba frutos muy ópimos para cuando llegase á la edad propecta.

Pero Dios, que tiene cuidado de su Iglesia como de un ameno jardin, y de cuando en cuando renueva las plantas para que produzcan con mayor lozania, habia ordenado por entonces la reforma del orden Trinitario. En esta reforma habian entrado sugetos de agigantada virtud y espíritu muy austero, que habian establecido constituciones rigurosas para hacer florecer la mas estrecha observancia. Como la fragilidad humana se inclina fácilmente á la relajacion, y mira con terror la estrechez y escabrosidad del camino que conduce á la vida, procura el Padre de las misericordias allanar estas dificultades, presentando á los ojos varones esforzados que pisan las espinas con tanta delicia como si fueran rosas.

Con este intento á todas las reformas ha dado en sus principios sugetos muy santos, que han sido como sólidos fundamentos de aquella fábrica espiritual. Para el mismo fin estaba destinado nuestro Miguel en los designios de la Providencia; y así, aunque él estaba contentisimo entre los Trinitarios calzados, y estos se complacian con la posesion de su persona, una casualidad á los ojos de los hombres, pero en la realidad una sabia medida de la divina Sabiduria, trasladó á Miguel á los Descalzos. Fué un religioso de estos á Zaragoza á recibir órdenes sagrados desde Pamplona, y hospedóse en el mismo convento en que estaba fray Miguel. La pobreza del hábito, el semblante de penitencia y la modestia de su trato hizo una notable impresion en su alma. Con la comunicacion de aquel religioso, con la experiencia de sus virtudes y con la noticia del riguroso tenor de vida que se observaba en la descalcez, se encendieron en Miguel unos vivos deseos de pasarse á ella. Sus diligencias fueron tan eficaces y prontas, que en 28 de enero de 1608 ya habia obtenido el hábito de descalzo, llamándose de allí en adelante fray Miguel de los Santos, como quien deseaba la proteccion de todos para el cumplimiento de las obligaciones religiosas, y al mismo tiempo tenerlos por dechado para imitarlos en las virtudes. Gozoso quedó fray Miguel viendo que Dios le habia concedido los deseos que tiempo habia abrigaba en su pecho de profesar vida mas austera, y procuraba manifestar su agradecimiento continuando con mas fervor las virtudes en que antes se habia ejercitado. Pero viendo sus superiores que el convento de Pamplona no era á propósito por su estrechez y pobreza para la crianza de novicios, le enviaron á Madrid, en donde, habiendo pasado el año de probacion con edificacion admirable de todos los religiosos, profesó el rigor de la nueva reforma para honrarla y enriquecerla con su heroica santidad.

Luego que fray Miguel vió cumplidos sus deseos, siendo alumno de la nueva reforma, comenzó con mayor espíritu todos los ejercicios de virtud en que hasta entonces se habia ocupado. Como su talento era proporcionado para la carrera de las letras, determinaron los prelados que le cultivase estudiando artes y teología, para sacar de él mayores provechos. No obstante que la humildad de este siervo de Dios llegaba á tal punto, que rehusaba todos los medios que pudiesen algun día conducir para obtener empleos de superioridad y mando, sacrificó á la obediencia los fervores de su espíritu, y estudió las artes y teología con un aprovechamiento correspondiente á su continua aplicacion y á la claridad de sus luces. Principalmente se engolfaba en el conocimiento de los sagrados misterios y verdades de la religion, como quien conocia que con esta ciencia se hacia mas apto para aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de la salud. Persuadido á que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, buscaba en la oracion la fuente inagotable en donde se beber aquellos conocimientos sublimes, que no contaminan la falsedad, ni el error destruye. De esta manera, adelantando cada dia mas en la virtud y en la ciencia, llegó á ponerse en la disposicion debida para recibir el sacerdocio. ¿Quién podrá decir la resistencia que el siervo de Dios manifestó á un estado tan excelso, y al mismo tiempo tan peligroso? Veneraba las insinuaciones de sus prelados que se lo persuadian; conocia que, haciéndose sacerdote, tenia mayor proporcion para aprovechar á sus prójimos: pero al mismo tiempo temia, como era justo, echar sobre sus hombros una carga tan terrible. La caridad y la obediencia vencieron todas las dificultades que oponia la humildad; y así recibió el orden sagrado del sacerdocio, juntándose á un mismo tiempo en

su alma un temor respetuoso al mayor de los misterios, y un gozo inefable en considerar que por la virtud de sus palabras habia de tener en sus manos á Jesucristo sacramentado.

Desde muy niño habia manifestado una devocion ardentísima al Santísimo Sacramento, devocion que hizo el carácter de este santo en toda su preciosa vida, y que con el discurso de ella se fué aumentando de manera que llegó á ser un milagro. Preparábase cuando corista para recibir la sagrada comunión con duplicados ayunos y penitencias, y despues que la habia recibido eran tan extraordinarios los afectos de su alma, que unas veces se quedaba extático por muchas horas, y otras permanecía de rodillas en un rincón todo un dia, sin acordarse ni aun de tomar el preciso sustento. Crecieron prodigiosamente estos afectos admirables despues de hecho sacerdote. Apenas consagraba la sagrada hostia, cuando inmediatamente se advertia transfigurarse este siervo de Dios en un serafín abrasado. Encendíasele el rostro y se le bañaba de una extraordinaria alegría; todos sus miembros quedaban embargados; suspendianse las operaciones de sus sentidos, y quedaba últimamente trasportado en un dulcísimo deliquio, con que su amor se desahogaba. Algunas veces se le vió bañado el rostro de un resplandor celestial que esclarecia tambien las sagradas vestiduras, y no se disipaba hasta tanto que consumia la sagrada hostia. En estas obras maravillosas de la bondad divina recibia el siervo de Dios favores y regalos de orden tan superior, que le obligaban á emplear en la celebracion del sacrificio mas de dos horas. Pero Dios, que pagaba el tierno amor del bienaventurado Miguel con estas efusiones de su bondad, hacia al mismo tiempo que los que asistian á su misa, lejos de experimentar tedio por su tardanza, se enfervorizasen mas y probasen

un gusto espiritual y delicioso. Por este motivo aun las personas de mas alta gerarquía solicitaban oír su misa, como lo hizo entre ellas doña Ana de Mendoza, duquesa del Infantado. Como el santo conocia cuánto peligro padece la verdadera virtud en ser vista de los hombres, y que el aire de la vanidad seca la hermosura y lozania de las virtudes, determinó esconderse á los ojos del mundo, puesto que no le era posible resistir á los encendidos afectos de su alma, ni á los soberanos regalos que le hacia el Padre de misericordias. Procuraba decir misa antes de que se abriesen las puertas de la iglesia, ó en el altar que estuviese mas escondido. A esto le estimulaba su profundísima humildad, no queriendo ser tenido sino en el concepto de un gran pecador el que conservaba ilesa la gracia del bautismo.

Es fácil conocer que todos estos efectos no podian nacer sino de una ardentísima caridad para con Dios y sus prójimos, que es el fundamento y alma de todas las virtudes. De consiguiente era natural que este siervo de Dios no se contentase con su propia santificación, sino que procurase con igual esmero la de sus prójimos. Uno de los medios mas eficaces y oportunos para conseguirlo era el de la predicacion. Ejercitábase en ella con conocido provecho de las almas, en quienes, por obstinadas que estuviesen en el vicio, podian tanto la viva exhortacion del bendito padre y sus penetrantes palabras, que causaba frecuentemente aquellas conversiones, que en las sagradas letras son llamadas mutaciones de la diestra del Señor. A esto cooperaban en gran parte los admirables raptos ó éxtasis, que, así como en la misa, experimentaba tambien en los sermones. Los mismos favores que le hacia Dios en premio de sus virtudes y con que ilustraba su alma, servian al mismo tiempo de instrumentos poderosos para labrar la salud de sus

hermanos. Esto se verificó, entre otros muchos, en un clérigo jóven de Baeza. Luego que llegó el santo á esta ciudad, se divulgó la fama de sus virtudes, y con singularidad se hablaba de los maravillosos arrobamientos con que Dios le favorecia en la celebracion de la misa y en los sermones. El clérigo, que no tenia toda la circunspeccion y piedad que requería su estado, se burlaba en las conversaciones de los éxtasis del siervo de Dios. Un dia que este predicaba en la solemnidad del Santísimo Sacramento, fué á oírle con ánimo de acrecentar en su corazon el desprecio y burla que habia hecho. Comenzó su sermon con el fervor acostumbrado, y al paso que se iba internando en el asunto que era sobre las disposiciones necesarias para recibir la sagrada Eucaristia, se iban llenando sus palabras de un fuego penetrante, que comenzó á herir en lo mas profundo del alma del clérigo, y á disponer al santo á un éxtasis maravilloso. Llegó este, quedándose arrobado, levantados los brazos y fijos los ojos en el cielo; pero al tiempo de arrojarse prorumpió en un ay tan penetrante, que convirtió enteramente el alma de aquel mal aconsejado sacerdote. Su corazon se conmovió de manera que, deshecho en lágrimas, se arrepintió de su pasada vida, viviendo de allí en adelante como convenia á un virtuoso sacerdote. El mismo testificaba despues que por mucho tiempo le pareció estar viendo al beato Miguel arrobado, y que le decian en su interior: ¡Ay de tí si no te enmiendas! ¡ay de tí si no mudas de costumbres! Tan prodigiosos efectos como este causaban los sermones del bendito padre en las almas distraidas.

Un conjunto de prendas tan completo no podia estar sin que los superiores le tributasen el respeto debido, y procurasen colocarle como una luz en el candelero de la prelación, para que sus luces se difun-